

¿Quo vadis, Europa?

El año 2016 puede resultar crucial para el futuro de Europa. El agotamiento del proyecto europeo basado en la integración económica es palpable. Sin un cambio de primacía de la economía a la política, la Unión Europea (UE) puede ir a la implosión. El proyecto europeo, en particular en la eurozona desde la crisis del 2007-2008, se ha basado en intentar la supervivencia sin plantear un horizonte atractivo a medio y largo plazo. Si bien es verdad que se han completado algunas de las instituciones imprescindibles para la estabilidad del euro, tales como la supervisión bancaria por parte del Banco Central Europeo (BCE) o un mecanismo de resolución de bancos en apuros, la unión bancaria no se ha perfeccionado. Todavía se está discutiendo sobre el sistema de seguro de depósitos y no hay un grado suficiente de unión fiscal para garantizar un apoyo al sistema financiero en caso de crisis sistémica. Asimismo, el BCE no ha podido actuar como el banco central de una economía integrada como la Reserva Federal en EE.UU. por falta de integración fiscal. El resultado está a la vista: recuperación en EE.UU. y estancamiento en Europa. Además, el conflicto por los bajos tipos de interés promovidos por el BCE entre los *ahorradores* del norte y los *consumidores* del sur está servido y hace difícil la tarea de Mario Draghi. El euro parece estable, pero la permanencia de Grecia no es un hecho seguro, y un país que dejara el euro tendría efectos devastadores en la credibilidad del proyecto. La tensión centro-periferia sigue presente con el desempleo masivo en Grecia, España y Portugal, y los problemas bancarios en Italia.

La falta de integración fiscal tiene un origen político por la resistencia de los miembros de la eurozona a ceder soberanía a las instituciones europeas. Sin esta cesión de soberanía, junto con un aumento de la representación democrática, no habrá una mayor compartición de riesgos y solidaridad entre países.

Las fuentes de inestabilidad a las que se enfrenta la UE son múltiples y potentes. La crisis

migratoria deriva de una ausencia de política de inmigración europea y de actuación en la frontera común. Sin esta política común, el acuerdo de libre circulación de Schengen tiene los días contados. El coraje mostrado por Angela Merkel en la acogida de refugiados en Alemania queda empañado por la sensación de improvisación, por la falta de consenso entre los países de la UE y

Tapar los agujeros de la unión monetaria no bastará para prevenir un posible fracaso de todo el proyecto de la UE

por un acuerdo problemático con Turquía para salir del paso. Si le añadimos la amenaza del terrorismo y el descubrimiento, a raíz de los atentados de París y Bruselas, de estados fallidos como Bélgica en el mismo corazón de la UE, el panorama se oscurece. La presión migratoria no es un fenómeno

pasajero, pues la inestabilidad y pobreza en el norte de África y Oriente Medio, con la guerra de Siria a la cabeza, afecta a millones de personas. Desafortunadamente, el terrorismo tampoco. Los recientes ataques terroristas y la crisis migratoria impulsan el aislacionismo del Reino Unido y las posibilidades del *Brexit*. Si este se produjera, las consecuencias económicas a largo plazo no serían severas, pero sí las políticas. La Unión Europea sería más débil en términos de defensa, más burocrática y menos liberal. ¿Qué gran ciudad de Europa tiene un alcalde musulmán con familia originaria de Pakistán e hijo de conductor de autobús? La dinámica entre la Alemania dominante y la Francia débil sería más desequilibrada. Además el *Brexit* podría tener un efecto dominó no solamente en Escocia sino también en países nórdicos que no se reconocerían en una Europa sin el Reino Unido.

La falta de política común europea da alas a los populismos surgidos con fuerza después de la crisis con una agenda antiinmigración y contra la globalización. El informe de los cuatro presidentes (Jean-

Claude Juncker, de la Comisión Europea; Jeroen Dijsselbloem, del Eurogrupo; Mario Draghi, del BCE, y Martin Schulz, del Parlamento Europeo) plantea la necesidad de superar las reglas de comportamiento nacional para construir instituciones comunes e impulsar la unión económica (con un sistema de autoridades de competitividad), completar la unión bancaria, avanzar en la unión fiscal (con un consejo fiscal europeo) y realizar reformas para mejorar la legitimidad y el control democrático.

Dudo de que esta estrategia tenga éxito si no se encara el problema político de fondo de la cesión de soberanía de los estados para establecer un proyecto común atractivo y diseñar las políticas imprescindibles para que la UE se consolide como un espacio de progreso y libertad. Entre estas políticas están necesariamente la política exterior y de defensa, y la política de inmigración. Tapar los agujeros del edificio de la unión monetaria no será suficiente para prevenir un posible fracaso de todo el proyecto de la UE. ●



OSCAR ASTROMUJOFF